

Los pájaros



el arte

y la vida

KYO MACLEAR

{ LA BELLEZA DE LAS COSAS
PEQUEÑAS Y SIGNIFICATIVAS }

Ariel

Kyo Maclear

Los pájaros, el arte y la vida

La belleza de las cosas pequeñas
y significativas

Traducción de Carles Andreu



Ariel

Título original: *Birds, Art, Life: A Year of Observation*

Primera edición: abril de 2017

Primera edición en esta presentación: mayo de 2021

© 2016, Kyo Maclear

© 2017 y 2021, Carles Andreu Saburit, por la traducción

Ilustraciones: Kyo Maclear

Fotografías: Jack Breakfast (www.smallbirdsongs.com)

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3352-6

Depósito legal: B. 5.318-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

INVIERNO	Prólogo	3
	Diciembre <i>Amor</i>	17
	Enero <i>Jaulas</i>	37
	Febrero <i>Cosas pequeñas</i>	57
PRIMAVERA	Marzo <i>La espera</i>	83
	Abril <i>Conocimiento</i>	99
	Mayo <i>Titubeos</i>	123
VERANO	Junio-julio <i>Pausas</i>	149
	Agosto <i>Vagabundeos</i>	167
OTOÑO	Septiembre <i>Arrepentimiento</i>	189
	Octubre <i>Preguntas</i>	203
	Noviembre <i>Finales</i>	221
INVIERNO	Diciembre <i>Epílogo</i>	239
	Agradecimientos	255



INVIERNO



Un invierno, no hace mucho,

CONOCÍa un músico enamorado de los pájaros. El músico, que tenía treinta y tantos años, se había dado cuenta de que no siempre podía soportar la presión y las desilusiones que conlleva ser un artista en una gran ciudad. Le gustaba pasar horas tocando el piano como si fuera Fats Waller, pero tener que actuar y promocionarse lo angustiaba y lo deprimía. Muy de vez en cuando, la depresión jugaba a su favor y le permitía escribir desoladas canciones de amor, pero por lo general lo corroía por dentro. Cuando se enamoró de los pájaros y empezó a fotografiarlos, su ansiedad se desvaneció. El canto de los pájaros le recordó que debía abrir la mirada al mundo.

Fue el invierno que empezó pronto. Nevaba sin parar. Me acuerdo de que un locutor de radio dijo: «¿Calentamiento global? ¡Ja!». Fue también el invierno en que descubrí que algo en mi interior se había roto. No sabía de qué se trataba, solo que el artificio que hasta hacía poco me había permitido seguir el ritmo y mantenerme al día ya no funcionaba como debía. Me fijaba en la gente de mi alrededor, que seguía trampeando la vida con éxito, apañándose con las comidas, las carreras y los hijos. Necesitaba que alguien me recordara cómo se hacía. Había perdido el ritmo.

Mi padre acababa de sufrir dos apoplejías. Las dos veces —con las hojas todavía en los árboles— había caído y no había sido capaz de levantarse. La segunda caída había sido particularmente aterradora, acompañada por una fiebre muy alta provocada por una sepsis, y yo no estaba segura de que fuera a sobrevivir. La resonancia magnética reveló que mi padre sufría microderrames fruto de pequeñas roturas

en los vasos sanguíneos del cerebro. Esa misma resonancia reveló un aneurisma cerebral no roto. Un «hallazgo casual», según el neurólogo, que, ante nuestras miradas de preocupación, nos explicó su decisión de no operar debido a la edad de mi padre.

Durante esos meses de otoño, cuando la situación de mi padre era más incierta, me quedé sin palabras. No hablaba con nadie de los pitidos que emitían los monitores en habitaciones genéricas de hospital, ni del traqueteo rítmico de los carritos llenos de sábanas sucias que los camilleros empujaban por los pasillos. No compartía mis pensamientos sobre la crueldad de la escasez de camas (dos días enteros en una camilla colocada en un pasillo, con una delgada manta cubriéndole las pantorrillas sin pelo y los pies pálidos), el olor de las cafeterías hospitalarias y el extraño atractivo de los sofás de las salas de espera (de vinilo resbaladizo color verde apio y engañosamente blandos). No hablaba del alivio de regresar por la noche a una casa silenciosa, llenar la bañera, sumergirme bajo las burbujas y cerrar los ojos, del consuelo callado y jabonoso de lavarme en lugar de lavar a alguien, de ser una mujer acostumbrada a cuidar a los demás que, por un instante, se cuidaba a sí misma. No hablaba de la incipiente sensación de pérdida. No sabía ni cómo pensar acerca de una enfermedad que avanzaba de forma lenta y errática, pero que podía tumbar a una persona en cualquier instante.

Experimentaba esa falta de palabras en mi vida diaria, pero también delante de la página en blanco. Si encontraba un momento para escribir, por lo general me quedaba dormida. El acto de pelearme con las palabras para formar frases, párrafos e historias me agotaba. Me parecía un esfuerzo sumamente

complicado y sospechoso. Mi trabajo se topó de pronto con la constatación de que mi padre, la persona que me había instilado el amor por el lenguaje y que me había empujado a convertirme en escritora, perdía las palabras a marchas forzadas.

Aunque la peor parte de la crisis había pasado muy deprisa, me daba miedo bajar la guardia. Temía que, en cuanto apartara la mirada, dejaría de estar preparada para la pérdida y que esta me aplastaría. Había heredado de mi padre (antiguo reportero de guerra y pesimista profesional) la convicción de que esperar siempre lo peor equivalía a levantar un perímetro de protección. Ambos éramos partidarios de la ansiedad preventiva.

Es posible que estuviera experimentando también lo que se conoce como tristeza anticipatoria, la que se produce antes de algunas pérdidas. Anticipatoria. Preparatoria. Intimidatoria. Una tristeza húmeda. No me empapaba ni me ahogaba, sino que flotaba en el aire como una nube fofa que, si bien se iba desvaneciendo, nunca llegaba a desaparecer del todo. Me seguía a todas partes y con el tiempo me acostumbré a ver el mundo a través de ella.

Siempre había creído que uno experimentaba la tristeza ante la muerte puramente como tristeza. Las imágenes de ese tipo de tristeza provenían de las clases de arte e incluían retratos de mujeres llorando y de dolientes con la cabeza inclinada, que se cubrían la cara con las manos, sollozando a la luz de una vela. Pero pronto descubrí, con sorpresa, que la tristeza anticipatoria exigía una imagen distinta, una postura más alerta. Mi tarea consistía en mantenerme de pie o sentada, pero siempre atenta, vigilando en todas las direcciones. Como esas mujeres del siglo XIX que,

según dice la leyenda, recorrían ansiosamente las verjas que rodeaban las azoteas de las casas norteamericanas de primera línea de la costa, vigilando el mar por si venía algún barco, lo que les valió a aquellos puestos de observación el nombre de *widow's walk* (el paseo de la viuda). También yo estaba vigilando, oteando el horizonte desde todos los ángulos por si veía acercarse la fatalidad.

Más tarde leí *Una pena en observación*, de C. S. Lewis, y comprendí que la tristeza ante la muerte puede manifestarse de muchas maneras y adoptar muchas formas. «Nadie me había contado nunca que la pena pudiera parecerse tanto al miedo... O, para ser más exactos, al suspense —escribió Lewis—. O a la espera; a aguardar mientras esperas a que suceda algo. Eso le da a la vida una sensación de provisionalidad permanente. Hace que parezca que no vale la pena empezar nada. No logro calmarme.»

La tristeza que yo sentía no amenazaba con desestabilizar mi vida. No me impedía, por ejemplo, socializar, hacer ejercicio o encontrar agua de naranja para probar una receta de pastel. No me impedía echarme adoptando la postura de un cadáver en el estudio de yoga, simulando mi propia proximidad con el vacío. Pero me afectó mucho y se convirtió en el subtexto de mis días.

Una noche me miré en el espejo y me di cuenta de que tenía las cejas enarcadas. Intenté relajar el rostro, convertir mis cejas en las de una persona distinta, más despreocupada. Al día siguiente, sentada en el tranvía, me fijé en una mujer que se había pintado las cejas y me dije que, con esas dos rayas finas, inquietantes, tenía un aire de preocupación caricaturesco. Como yo, pensé. Como todos.

La preocupación era abrumadora e hice un esfuerzo por aplacarla. Traté de superarla leyendo. Traté de distraerme para dejar de pensar en ella. Traté de abrirme paso a través de ella escribiendo. Por lo general, mi arte era capaz de soportar las presiones de la vida, las exigencias propias de quien tiene hijos pequeños y unos padres cada vez más mayores. Pero ese año en que la nieve llegó antes de tiempo descubrí que mi arte era lánguido y endeble, que el menor vendaval emocional podía derribarlo como una triste señal de tráfico.

O a lo mejor descubrí algo más fundamental: que la preocupación es una limitación. Cuando la mente se ve obligada a cargar con demasiadas cosas, tiende a encogerse. El arte no nace de una limitación no deseada. El arte quiere un silencio amplio y sin forma, quiere fantasías antisociales y pasar tiempo alejado del volumen febril de la vida cotidiana.

Mi relación con el tiempo y mi actitud hacia él se volvieron volubles. Deseaba una vasta extensión de tiempo. Quería solo un poco. El tiempo se movía demasiado deprisa. Se arrastraba demasiado despacio. Estaba excesivamente determinado por fuerzas ajenas a mí. Me agobiaba cuando me obligaba a definir su forma. Era mejor a altas horas de la noche, cuando el barrio dormía. Solo me servía a primera hora de la mañana, antes de que el barrio se despertara y empezaran a descontar las horas y los minutos.

Estaba tan acostumbrada a que me interrumpieran con llamadas de emergencia y noticias del hospital que empecé a interrumpirme a mí misma cada vez que me sentaba a trabajar. Me levantaba de la silla cada media hora, como si hubiera saltado una alarma. «Antes el tiempo era más profundo», me decía.

Estudié las cejas de escritores y artistas. Investigué sobre cejas famosas. Frida. Audrey. Greta. Groucho. «Las cejas pueden ser un mapa de la psique», afirmaba una revista de moda. Busqué la receta secreta (una elegancia impecable, una audacia desmesurada, una creatividad desarreglada, una alegría coqueta) que alimentaba a la gente y la hacía florecer. Quería un mapa de carreteras que me mostrara el camino de vuelta a mi arte y a mi ecuanimidad.

Una mañana, en la barra de una cafetería, mientras observaba las cejas espléndidas, gruesísimas, del hombre que me estaba preparando un café, me di cuenta de que uno no debe mirar demasiado tiempo las caras de los demás a menos que esté preparado para volver a enamorarse. Vi cómo el vapor de la cafetera le empañaba las gafas, me fijé en cómo entornaba los ojos detrás de aquella neblina y, mientras dibujaba una flor en la espuma de mi café, me sentí desbordada por el amor. Los rostros poseen una intimidad casi dolorosa, particularmente en un mundo en el que tarde o temprano todo termina muriendo. Es difícil mirar del mismo modo que elegimos, sin consecuencias emocionales.

Igual que yo, aquel hombre parecía muy cansado.
¿Qué había perdido? ¿Qué estaba a punto de perder?
¿Estaba tratando de procesar una tristeza con
antelación?

Unos días más tarde quedé cautivada ante un hombre en el gimnasio y la consideración con la que secó el sudor de la cinta de correr para mí. Quedé cautivada ante el quiropráctico y la oleada de endorfinas que me recorrió el cuerpo cuando se apoyó en mí para alinearme la espalda. Quedé cautivada ante la bondad de una desconocida que me dejó pasar en la cola del



«La reina original de las cejas atrevidas»
(Audrey Hepburn)



«Cejas siempre ligeramente levantadas»
(Anne Carson)



«Cejas arqueadas diez grados»
(Buster Keaton)



«Cejas gruesas, negras y expresivas»
(Hayao Miyazaki)

supermercado. El profesor, el responsable de un café, un tipo que paseaba a un perro... Me marché con todos ellos mentalmente y eso me asustó, pues pertenezco a una larga estirpe de promiscuos. «Ten cuidado —me susurró el ángel guardián, sentado sobre mi hombro—. Recuerda lo mucho que quieres a tu marido.»

En el fondo de mi corazón sabía que no quería enamorarme de otra persona. Quería enamorarme de algo más grande, algo capaz de contenernos a mí y a mi mente errante. Algo que, como una aventura amorosa, me permitiera decir: estoy aquí, estoy viva. Estoy haciendo algo más que prepararme serenamente para el impacto.

No me bastaba con ser la llama de una vela de vigilia que arde sin parar, contenida.

Mis días estaban cada vez más compartimentados, hasta que me dio un serio ataque de *wanderlust* (del alemán *wandern*, vagabundear, y *Lust*, ganas).

Empecé a envidiar a los nómadas auténticos, los que andan perdidos en mares oscuros y los que rompen con todo para marcharse a las montañas, o a recorrer el Sendero del Macizo del Pacífico. Soñaba con seguir las huellas de un camino, de largarme adonde viven los monstruos.¹ Pero la naturaleza nunca había sido el escenario de mis correrías. Yo era una persona de ciudad, una urbanita poscolonialista. La idea de señalar extasiada algo de una belleza sobrecogedora en un planeta en proceso de calentamiento me parecía deplorable. Tal era mi estado mental. La sensación de que se avecinaba una gran tristeza se había instalado en

1. Referencia al libro *Donde viven los monstruos*, de Maurice Sendak. (*N. del T.*)

mi cuerpo. La sombra del final de mi propia familia me había hecho tomar conciencia de otros finales.

La muerte es la definición de la finitud. Empecé a tener la sensación de que mi espíritu vagabundo, mi *wanderlust*, tenía como objetivo hallar el camino de vuelta a la infinitud, a los bosques de la mente creativa y contemplativa.

Volví a soñar con pisadas sobre un camino y al despertar comprendí que lo que anhelaba no era huir, sino que me guiaran. Durante semanas me dediqué a buscar adestramiento adondequiera que fuera. Por favor, socorrista del YMCA, ¿me ayudas a mejorar mi crol? Por favor, verdulera de peinado extravagante, ¿podrías contarme cómo debo cocinar esta verdura tan amarga? Quería que la gente me regalara su sabiduría. Deseaba compañía.

Quería que alguien me mostrara el camino y me obligara a seguir adelante. Lo que buscaba no era un salvador, sino un guía. Estaba lista para que alguien dejara su impronta en mí, como hacen los patos con sus patitos.

Me puse en contacto con una artista muy conocida para hablar sobre la posibilidad de tomar clases de dibujo. De niña dibujaba todo el tiempo, era algo que me absorbía por completo. En un momento dado, la escritura había reemplazado el dibujo y lo que en su día había sido instintivo (dibujar) se había convertido en algo ajeno. Pero las ganas de dibujar seguían ahí. Dibujar era un placer simple y primordial, y lo echaba de menos.

Quedé con la artista en un café. Se presentó vestida con una parka negra y una delicada bufanda de color

azul grisáceo, e incluso después de que yo me presentara, parecía no estar segura de encontrarse en el lugar correcto. Pidió un *chai* pequeño y yo pedí lo mismo, reafirmandola solícitamente en su elección. Irguió la espalda e, instintivamente, yo hice lo mismo. Cuando me preguntó por qué quería que me enseñara a dibujar, contesté: «A veces solo quieres sentarte cómodamente y dejar que te guíen». Entonces me di cuenta de que aquello sonaba extrañamente pasivo y mesiánico, y añadí: «A través de consejos y técnicas para dibujar». No quería que pensara que andaba buscando un gurú o que era el tipo de persona que se entrega a otra sin más. Tampoco quería que notara mi voracidad, porque una voracidad como la mía me parecía lasciva.

La artista me dirigió una mirada pensativa. Sus ojos azules, de mirada límpida, estaban perfectamente delineados con rímel. Finalmente habló, con un dejo de confusión. Dijo que los estudiantes que acudían a ella tenían siempre un hambre voraz. Eran artistas en ciernes de diecisiete años o empresarios jubilados de ochenta y cinco, personas cuya creatividad se había visto frustrada, trasapelada o poco explotada. Su anhelo era como un esponjoso diente de león: no tenía más que soplar sus esporas creativas y ver cómo estas se elevaban, se esparcían y lo polinizaban todo.

Nos sentamos junto a la ventana y contemplamos los copos de nieve recién caída que los transeúntes levantaban con los pies al pasar, el revuelo de una bandada de palomas que, alarmadas, se elevaron hacia el blanco del cielo invernal. Ángulos de luz, intensidades de sombra y la forma en que el cielo se nublaba y se despejaba, mientras los tranvías engullían y escupían pasajeros. Me di cuenta de que la artista percibía el paso del tiempo con todo su cuerpo.

Miré a través de la calle y me fijé en los carteles de una tienda de oportunidades.

*NO SE QUEDE AHÍ MIRANDO,
¡ENTRE Y COMPRE ALGO!
¡TODOS LOS CLIENTES
RECIBIRÁN UN PAQUETE
DE 12 MAPACHES GRATIS!*

En ese momento supe que no iba a tomar clases particulares con aquella mujer que, para ser sincera, me enervaba, con su callada concentración y su postura erguidísima.

Volví a casa y cogí mis viejos pinceles, plumas y botes de tinta. Pasé un buen rato afilando los lápices de dibujo y limpiando las gomas de borrar, gruesas y grises. Encontré un bloc de láminas de dibujo. Eché un vistazo a los lápices y por un momento me parecieron flechas. Flechas que apuntaban a todas las cosas que no podían capturarse con palabras, flechas que apuntaban a otras vidas posibles, potencialidades, direcciones, incluso cambios de rumbo. Esperaba que la línea dibujada por un lápiz pudiera guiarme.

Ese momento de calma me sirvió para darme cuenta de que era enteramente posible que mi tristeza fuera también nostalgia por las largas temporadas que en el pasado me habían permitido evadirme del día a día.

Ahí sentada con esas flechas, mientras la enfermedad y la necesidad de cuidar de los demás comprimía todavía más mis días en retales de momentos, me invadió la sensación de que mi vida, con su nueva forma y exigencias, requería una relación distinta, menos belicosa, con el tiempo. ¿Y si dejaba de luchar por recuperar el trance de los días que antaño tenía enteros

para mí, días en los que podía dejarme absorber de forma ininterrumpida y ambiciosa por un gran proyecto? ¿Y si me entregaba a la dispersión temporal? ¿Sería capaz de apreciar esos momentos dispersos como algo más que «subtiempo», tiempo perdido o tiempo fragmentario? ¿Sabría encontrar una forma elegante de trabajar y de estar en el mundo que me permitiera mantenerme en pie y salir adelante?

Me encantaría poder decir que durante las semanas y los meses siguientes dejé de sentir que estaba en guerra con el mundo, pero no fue así. Como escritora que trabaja por cuenta propia, no es nada fácil parar, dejar de ser imparable. (Preguntadle si no al antílope americano, que sigue dejando atrás el espectro de sus depredadores del pasado.) Seguí defendiéndome, levantando una muralla capaz de contener la invasión de los bandidos que querían robarme el tiempo, y moviéndome por el mundo como si estuviera siempre centrada en una misión, tratando de concentrarme solo en lo que había en mi cabeza y lo que podía hacer.

Pero al mismo tiempo empecé a hacer las paces con mis fragmentos.